

### «ARS CELEBRANDI» EN LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LA SAGRADA FAMILIA

Como se recordará, a partir de la celebración en Roma, en octubre de 2005, de la asamblea del Sínodo de los Obispos, ha obtenido carta de ciudadanía, en la terminología litúrgica y pastoral, la expresión del *ars celebrandi*. Esta expresión apareció en numerosas intervenciones de los 252 obispos del mundo entero que participaron en la asamblea, presididos por el santo padre. Y el tema aparece también en la Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, del 22 de febrero de 2007, con la que Benedicto XVI propone a toda la Iglesia las conclusiones de la mencionada asamblea sinodal, en estrecha relación también con su primera encíclica *Deus caritas est*. Y podríamos añadir que el tema también está presente en su reciente exhortación apostólica *Verbum Domini*, relativa al sínodo sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.

También cabe recordar que la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* tiene una estructura ternaria sumamente pedagógica: la Eucarística, misterio que se ha de creer; la Eucaristía, misterio que se ha de celebrar; y la Eucaristía, misterio que se ha de vivir. Dentro del segundo elemento, la digna celebración del sacramento eucarístico, tiene su lugar el *ars celebrandi* (núm. 38). «En los trabajos sinodales –escribe el papa– se ha insistido varias veces en la necesidad de superar cualquier posible separación entre el *ars celebrandi*, es decir, el arte de celebrar rectamente, y la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles».

Afirma también el santo padre que el *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*, porque el *ars celebrandi* proviene

de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cf. 1 Pe 2,4-5.9).

#### EL CELEBRANTE PRINCIPAL DE LA DEDICACIÓN DEL TEMPLO

El número 39 de la citada Exhortación citada, se refiere al obispo como liturgo por excelencia y exhorta a que «obispos, sacerdotes y diáconos, cada uno según su propio grado, han de considerar la celebración como su deber principal». Pues bien, la finalidad de este escrito es mostrar cómo en la ceremonia de dedicación de la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, el domingo 7 de noviembre de 2010, se alcanzó un alto grado en el «arte de la celebración» por un conjunto de circunstancias que resulta difícil reunir en una misma ceremonia y que felizmente, y diría que también providencialmente, se dieron en la que nos ocupa.

En primer lugar, por la dignidad y la forma de celebrar del celebrante principal, su santidad Benedicto XVI. Desde el momento en que él puso la mano en la puerta del futuro Pórtico de la Gloria, estando a su lado, pude ver la emoción reflejada en su rostro. Ya en aquella puerta se hacía presente la conjunción entre el lenguaje de la fe y el lenguaje del arte. Quizá muchos lectores recordarán esta imagen, pues ha sido con mucho la más divulgada en todo el mundo. El papa pone la mano sobre unas letras, esculpidas con moderna sensibilidad estética por el escultor Josep Maria Subirachs, autor de las esculturas de la fachada de la Pasión. Las letras sobre las que el papa ponía su mano, como indicando el permiso para abrir aquella «casa de Dios y puerta del cielo» que se iba a dedicar al Señor, eran nada menos que la petición del Padrenuestro «Danos hoy nuestro pan de cada día» –alusión al pan cotidiano, fruto del trabajo del hombre y al pan eucarístico, fruto del don del Señor- en cincuenta idiomas, entre ellos el catalán. Un bello signo de catolicidad y de arraigo a la Iglesia local en la que había nacido aquella obra admirable.

### LOS TRES «LIBROS» EN QUE SE INSPIRÓ GAUDÍ

Benedicto XVI fue entrando lentamente por el largo pasillo central de la basílica, mientras la asamblea – siete mil personas en el interior y setenta mil en el exterior del templo- interpretaba el canto de entrada, con un solo corazón y una sola voz. Y, al llegar a la sede presidencial, pudimos ver que su mirada contemplativa recorría aquel «bosque de palmeras» en piedra y se detenía en muchos detalles de aquella iglesia única en el mundo, fruto de los tres libros que –como el pontífice diría en la homilía- se inspiró Gaudí para levantar aquel monumento en honor de Dios: el libro de la naturaleza, el libro de las Sagradas Escrituras y el libro de la liturgia.

Fue una celebración inolvidable para todos los que tuvimos la fortuna de vivirla. Y en primer lugar lo fue para el santo padre. No me atrevería a hacer esta afirmación si no guardase en mi espíritu un emocionado recuerdo de lo que su santidad me dijo aquel domingo: «De la celebración de esta mañana conservaré un recuerdo inolvidable».

Es conocida la sensibilidad estética de Benedicto XVI. Ya en distintos textos, antes de llegar al pontificado, había expresado que la experiencia de la belleza es un camino hacia el misterio y, en último término, hacia Dios. Enseña que más allá del conocimiento racional, está el conocimiento que proporciona la belleza, que él describe como una forma superior de conocimiento, puesto que toca al ser humano en toda su profundidad, le arranca de la banalidad, le sitúa frente a sí mismo y al misterio del mundo. Y al mismo misterio de Dios, fuente de toda belleza, como también enseñó, ya siendo pontífice romano, en su histórica audiencia a los artistas en el marco de la Capilla Sixtina, en noviembre de 2009.

La obra magna de Antoni Gaudí no podía tener mejor «exegeta» que el papa teólogo. Su «exégesis» fue la homilía de aquella celebración, una pieza bellísima, que conservaremos en Barcelona como un don admirable de nuestro estimadísimo papa Benedicto XVI. «En un humilde y gozoso acto de fe –nos dijo-, levantamos una inmensa mole de materia, fruto de la naturaleza y de un inconmensurable

esfuerzo de la inteligencia humana constructora de esta obra de arte. Ella es signo visible del Dios invisible». «Apoyados en la fe –nos dijo también- podemos mostrar al mundo el rostro de Dios que es amor: el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre. Ésa es la gran tarea: mostrar a todos que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia. Dios es la verdadera medida del hombre».

En Barcelona, guardamos, asimismo, un grato recuerdo de la «interpretación» ajustada y original, que hizo de la ceremonia el portavoz pontificio, al decir a los periodistas en la conferencia de prensa del final de aquella mañana que el tema de aquel viaje apostólico era el acceso del hombre a Dios y añadir estas palabras: «La liturgia de esta mañana ha sido la expresión más solemne, más articulada entre hombre y Dios que he visto durante los cinco años de pontificado». Ayudó mucho a ello, la realización muy cuidada del rito de la dedicación de una iglesia, considerada por los expertos como «la joya de la reforma litúrgica».

Y deseo también expresar nuestra gratitud a monseñor Guido Marini, maestro de las ceremonias pontificias, así como a sus colaboradores, por su tan sabia como comprensiva colaboración con los encargados de preparar la ceremonia desde Barcelona.

La parte musical merecería una reflexión aparte. Para nosotros fue de gran significación hacer la profesión de fe con el canto del símbolo de los apóstoles ante el sucesor de Pedro, que venía a «confirmarnos en la fe» y hacerlo con una melodía muy popular en Cataluña, musicada por el sacerdote vicense Lluís Romeu. Y cantar el *Virolai* a la Virgen de Montserrat, patrona de las diócesis catalanas, que es como el himno de los católicos catalanes.

#### BENEDICTO XVI MOSTRÓ SU PIEDAD SÓLIDA

«Nuestras liturgias terrenas –dijo Benedicto XVI en la catedral de Nôtre Dame de París, el 12 de septiembre de 2008- no podrán ser más que un pálido reflejo de la liturgia que se celebra en la Jerusalén del cielo, punto de llegada de nuestra peregrinación sobre

la tierra. Puedan, sin embargo, nuestras celebraciones acercarse a ella lo más que sea posible y hacerla gustar».

En el diseño del templo de la Sagrada Familia, Antoni Gaudí se inspiró en la descripción de la Jerusalén celestial que muestra el libro sagrado del Apocalipsis. En aquel marco espléndido, podemos decir que aquel día el celebrante principal –nuestro querido papa Benedicto–, el rito de la dedicación –tan rico en símbolos–, el artista –nuestro Antoni Gaudí, del que esperamos que sea el primer arquitecto beatificado en la historia de la Iglesia–, su templo bellissimo y único en el mundo y la asamblea activa y participante, durante tres horas –de la diez hasta la una– escribieron conjuntamente un bellissimo himno de alabanza y de gloria a Dios que nos hizo gustar la liturgia del cielo.

El papa presidió y celebró el rito con gran unción y nos dio un alto ejemplo de lo que es en la práctica el *ars celebrandi*. Como ha escrito uno de nuestros más acreditados teólogos, el doctor Josep Maria Rovira Belloso, «Benedicto XVI mostró su piedad sólida. Su voz se eclipsaba tras su fe “humilde y gozosa”. He aquí para lo que vino el Papa a Barcelona (y a Santiago de Compostela). Para enseñarnos que es bueno vivir de cara a Dios».

Gracias, santo padre, en nombre de todos los participantes en aquella gran celebración (sin olvidar cuantos, en todo el mundo, se unieron a ella por medios de la televisión y la radio). Nosotros, sobre todo en la diócesis de Barcelona, tenemos ahora un reto y un compromiso en los que ya estamos trabajando: hacer que lo que el papa nos mostró y nos dijo aquel domingo de noviembre de 2010 sea, también para nosotros, «un recuerdo inolvidable».

Lluís MARTÍNEZ SISTACH  
Cardenal Arzobispo de Barcelona  
Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia